

causaban las innumerables partidas de salteadores capitaneadas por Gálvez, Butrón, Cajigas, etc., que robaban, mataban y plagiaban en todas partes.

El alejamiento del peligro militar inminente permitió al gobierno y á los grupos políticos, y pronto á la nación pensadora, fijarse en el Exterior; hacía tiempo que se aglomeraba una tempestad en nuestro horizonte. Durante nuestra última lucha civil se habían familiarizado los gabinetes de Inglaterra, España y Francia con la posibilidad de intervenir en nuestros asuntos para ponernos en paz por la fuerza, apoderarse de nuestros recursos y pagarse, Inglaterra sus enormes créditos por nosotros reconocidos, España sus discutibles derechos, y Francia los insignificantes suyos; la actitud de los Estados Unidos, había impedido á los europeos pasar del deseo al acto. La repulsa al tratado Mon-Almonte, que formulaba la tutela de España sobre México, y la expulsión del plenipotenciario Pacheco, el robo de los fondos de los tenedores de bonos de la deuda inglesa, perpetrado por la reacción en agonía, habían llevado al estado agudo la impaciencia de los gabinetes de Londres y Madrid. Pero no era posible soñar en una acción colectiva por la incompatibilidad de miras entre ambos gobiernos; el británico se inclinaba ostensiblemente á apoyar á los elementos reformistas; al otro era simpático cuanto á reacción y clericalismo transcendía. Hubo un inter-



Napoleón III

mediario, Francia; las quejas de esta nación contra México eran nulas; los franceses en México habían sacado inmensas ventajas pecuniarias de la Reforma, los mexicanos los trataban con afecto, sus créditos eran poca cosa; sufrían lo mismo que los mexicanos las consecuencias de nuestra situación política; los dos partidos en lucha, pero sobre todo el reformista, se educaba en los libros franceses, y de ellos le venía la aspiración intensa á la igualdad y su saña contra los privilegiados; los mexicanos instruidos conocían cien veces mejor la historia de Francia que la historia patria.

Pero Francia estaba gobernada por un hombre que, bajo el aspecto dulce y soñador del iluso, ocultaba, no la voluntad, signo de los grandes caracteres, sino la obstinación secreta, síntoma de los temperamentos fatalistas; éste tenía talento, tuvo suerte; Francia, victoriosa y próspera, ejerciendo una especie de hegemonía continental en Europa, parecía obra suya, y pasó por un político de primer orden; los franceses llegaron á tener fe ciega

en su genio y en su estrella, y á par de los franceses, todos cuantos leían francés en ambos mundos. Este hombre, Napoleón el tercero (nadie sabe por qué era tercero, porque el segundo no había reinado un solo minuto), acariciaba el vago ensueño, grandioso y sin contornos, de llegar á establecer una especie de solidaridad entre los latinos (no de sangre, por cierto, sino de espíritu) en Europa y América y de ser el árbitro de esta federación amorfa.

Claro es que México era el punto de apoyo para esta palanca en América; aquí era donde debía organizarse el dique á la tendencia, á la dominación universal de la raza anglosajona. Los emigrados mexicanos en Europa, que representaban á la sociedad mexicana del mismo modo que los guijarros abandonados en las márgenes representan á un río, guiados por uno de ellos, que había logrado insinuarse en la intimidad de la familia de la emperatriz Eugenia, pudieron darse maña para saturar la atmósfera doméstica de Napoleón con datos y súplicas que hicieron creer al fantaseador coronado que esa empresa era posible, que el pueblo mexicano, agradecido, colaboraría en ella de rodillas. La emperatriz, que quería rescatar con su ardiente catolicismo la política del emperador, que, queriendo ó no queriendo, había desencadenado la revolución unitaria en Italia, entraba en las miras de los reactivos por odio á los perseguidores de la Iglesia, y como se dejaba llamar descendiente de Moctezuma, sentía un insólito afán de erigir un trono en México; porque esa era la necesidad suprema de la pacificación del país: la monarquía. Y á tal punto habían llegado las cosas, que los emigrados habíanse fijado en un candidato: el archiduque Maximiliano de Austria. Para realizar un sueño, ¿qué mejor que un soñador? Napoleón había indolentemente asentido y el príncipe austriaco no había dicho que no; se conocía que ardía en deseos de decir que sí.

Un nuevo personaje entró en campaña por su lado y por su cuenta; no era, por cierto, ni del círculo ni de la devoción de la emperatriz, pero sí de gran ascendiente en el emperador; era su hermano el duque de Morny, hijo adulterino del conde de Flahaut y de la reina Hortensia, mundano de alto vuelo, de la raza de los grandes señores á un tiempo libertinos y hombres de Estado, que no han faltado en Francia, vorágine insaciable de dinero, de placer y de honores, bajo las maneras exquisitas de un príncipe muy correcto, muy indiferente y muy elegante. El duque de Morny se había puesto en contacto con Jecker, y el enorme crédito de este banquero contra México, aunque falso ó insensato, le pareció una mina que podía ponerse en bonanza mediante una intervención francesa.

Los Estados Unidos también habían tomado, durante toda la administración de Buchanan, una actitud, si favorable al gobierno constitucional, manifiestamente inclinada á intervenir en nuestras cuestiones, y hasta sus ofertas de hacerse responsables de nuestra deuda exterior mediante la hipoteca de una parte de nuestro territorio, oferta rígidamente rechazada por nuestro gobierno, bien indicaba cuál era la tendencia general y explicable por el estado de perpetua guerra civil en que nos hallábamos. Pero ya en el año de 61 se vió bien claro que los Estados Unidos eran un personaje obligado á retirarse temporalmente de nuestro drama, y como su sola presencia había impedido hasta entonces tomar cuerpo á la intrusión europea, ésta pudo verificarse.

La guerra de secesión, determinada por la coalición de doce Estados de la Federación norteamericana que decidieron separarse de los otros constituyendo una república aparte,

tuvo por causa eficiente una cuestión económica y social por ende; se trataba de fijar las condiciones del trabajo humano en las regiones meridionales de la Unión. Desde el Sur del Potomac al Norte del Bravo, era, no una opinión, sino un dogma, que sin el trabajo servil, sin la esclavitud, era imposible la explotación lucrativa de la tierra. Y esto, que los hechos posteriores demostraron que era un formidable error, estaba demostrado en concepto de los sudistas por la tradición que fluía de los fundadores de la esclavitud en aquellas comarcas, tradición respetada y sancionada por los autores de la Constitución, á pesar de sus ideas humanitarias, y por Washington mismo. En los Estados disidentes se atribuía la actitud del Norte resueltamente hostil á la esclavitud, á miras puramente económicas; se trataba de poner al Sur, privándolo del trabajo servil, en un estado de inferioridad completa respecto del Norte, que en su afán de convertirse en potencia industrial, exigía medidas arancelarias proteccionistas que mataban las condiciones favorables al desarrollo de la agricultura en el Sur. El problema de la extinción de la esclavitud en la Unión norteamericana había ascendido á ser problema político, precisamente á consecuencia de la guerra con México, que provocó la apasionante cuestión de la extensión de la esclavitud en los Estados nuevos, cuestión que



D. Juan Prim

Henry Clay aplazó por medio de sabios y patrióticos compromisos, que eran treguas en realidad. El gobierno del presidente Buchanan, jefe del partido demócrata, inclinado á mantener el *statu quo* constitucional y á dar á los derechos de los Estados una importancia exagerada, vió formarse la tempestad por el auge mismo de las ideas anti-esclavistas en el Norte y la resolución de resistir en el Sur. Después de la elección de Lincoln, triunfo señalado de los del Norte, dejó á los Estados meridionales confederarse y formar el pacto de escisión, sin tratar de sofocar la rebelión naciente, sino de orillar á los contendientes á un nuevo compromiso. La toma de posesión del nuevo presidente fué la señal de la lucha, y el año de 61 puso muy claro ante los ojos de los gabinetes europeos este hecho: que la

guerra civil, dadas las enormes fuerzas en lucha, se prolongaría por muchos años, inutilizando á los Estados Unidos para toda grave empresa en el Exterior; que aquélla era la oportunidad de paralizar para siempre el movimiento de expansión y absorción de los Estados Unidos en la América latina, y en la inglesa quizás, cooperando eficazmente á la escisión definitiva; esta cooperación tenía su camino marcado: apoyar á los del Sur, proporcionándoles la superioridad marítima, que manifiestamente no podían conquistar. Este pensamiento y el de la hegemonía latina se aventan perfectamente y se armonizaron en el cerebro de Napoleón, y como los ingleses creían que su interés consistía en detener por un siglo siquiera el desenvolvimiento industrial de la Unión, resultaba todo conforme á los proyectos grandiosos del emperador.

La suspensión de pagos decretada por el Congreso mexicano é iniciada por el Gobierno en Julio del 61 fué el acto que ocasionó, digámoslo así, la primera cristalización del designio napoleónico. No sin ciertas dificultades, más bien de forma que de fondo, la diplomacia francesa logró un acuerdo entre Inglaterra y España con Francia, que se formuló en el célebre documento llamado «la Convención de Londres» (Octubre del 61). Con el pretexto de asegurar garantías más eficaces para las obligaciones contraídas por la República con los súbditos de las naciones contratantes, se decidía que se enviarían fuerzas suficientes á México para realizar este designio, protestando que este empleo de la fuerza no envolvía el propósito de adquirir territorio ni el de influir en el derecho del pueblo mexicano de constituirse libremente.

Había aquí una farsa que rápidamente iba á convertirse en tragedia, porque los tres contratantes sabían bien que Napoleón había resuelto de antemano sacar adelante en México el establecimiento de una monarquía, lo que indicaba la falta estúpida de datos con que procedía en la ejecución de sus designios, por lo que jamás acertó en ellos sino en la proporción necesaria á complicar por extremo la cuestión que se proponía resolver. España lo sabía con profunda inquietud é interés, resuelta á no oponerse, pero sí á jugar hábilmente en su provecho llegado el caso; Inglaterra veía el proyecto con indiferencia y escepticismo: con tal que sus intereses saliesen bien librados, pasaba por todo. Y precisamente poco después de firmado el Convenio de Londres, su ministro celebraba con México un arreglo que, de haber sido aprobado por nuestro Congreso, la habría obligado á retirar su firma de la Convención.

En México no se creyó en la intervención hasta que en Diciembre del 61 se supo la llegada de los españoles y los ingleses á Veracruz, que no se juzgó conveniente defender y que fué ocupada por la vanguardia de aquel singular ejército de ocupación, que constaba de unos cuantos marinos ingleses, y franceses poco después, y de algunos batallones españoles. El señor Juárez había encomendado la cartera de Relaciones al gobernador de Guanajuato, D. Manuel Doblado, hombre de un talento *ad hoc* para enredar ó desenmarañar á su guisa una madeja política y que marcó desde sus primeros pasos en este terreno la superioridad de nuestra diplomacia sobre la europea, superioridad que no se desmintió un solo instante durante la lucha con la intervención; los Doblado, los de la Fuente, los Lerdo de Tejada mantuvieron ante el mundo, á fuerza de habilidad, de lógica y de patriotismo, á la invasión francesa y al imperio, dentro del círculo de hierro de un hecho en conflicto con

un derecho; el círculo pudo ensancharse, no fué roto jamás. El gobierno explotaba contra la intervención la inveterada hostilidad á España, que existía desde los tiempos coloniales, que no había muerto en el corazón del pueblo y que el partido reformista puso sin cesar en juego en su lucha con el partido conservador, con quien la inmensa mayoría de los españoles simpatizó activamente. De aquí no venía el rencor instintivo de la clase popular: esta clase se dejaba llevar por los partidos de la una á la otra bandera; le eran indiferentes; entrambas significaban exacciones, vejaciones sin fin; significaban el peaje, la alcabala, la leva, el azote y la muerte. Pero, en realidad, á la repugnancia de la masa por todo lo que tendía á menoscabar el prestigio del catolicismo, hacía contrapeso la hostilidad hacia el español; creemos haber dicho ya de qué provenía esto; era una cuestión social, no histórica; el pueblo ignoraba al español ilustrado y no veía al español profundamente bondadoso y honrado, que solía surgir del grupo de quienes aquí venían sin más recurso que su avidez y el apoyo de sus compatriotas, porque se lo ocultaban el español de la *hacienda*, que solía verlo con lástima, pero siempre con desprecio, y que por medio del fomento de los vicios sabía reducirlo á la servidumbre de la deuda, y el español de la *tienda*, que no era más que una casa de *empeño* en que el obrero y el *lépero* de la ciudad lo dejaban todo en cambio de aguardiente y de pan algunas veces, sin rescatar casi nunca. Impotentes para sacudir esta tutela, que los más elocuentes artículos de la Constitución no habían podido ni conmovier siquiera, transmutaban su impotencia en odio, y todavía el grito pavoroso de las turbas que sublevó Hidalgo encontraba un eco inmenso en las fiestas cívicas al cabo de medio siglo.

Este sentimiento lo exaltó hasta el paroxismo el gobierno, secundado por la prensa reformista, y mientras así agitaba al país, acertaba á ponerse en contacto con los comisarios de las tres potencias; pronto se notó que sobre ellos predominaba el español: era don Juan Prim, conde de Reus. Rápidamente comprendió nuestro gobierno el inmenso partido que de esta circunstancia podía sacarse. Prim, aventurero político de extraordinario arranque, se había transformado en un héroe en la guerra de África y era una especie de divinidad épica para los catalanes, sus paisanos. Tenía su carácter la perenne tensión heroica



El mariscal Forey